

# Los nuevos derechos de los alumnos

Ángel Barahona

Profesor de Filosofía.

Miembro del Instituto E. Mounier.

**Q**ue nadie se sienta ofendido por el papel que le toca representar en esta fábula, pues no hay doble ni malsana intención en la asignación de los caracteres.

Aquel día todo el mundo se encontraba nervioso: el delegado del emperador para asuntos referentes a espectáculos estaba en el estadio aquella mañana, porque esperaba ansioso que todo marchara conforme a lo previsto y que no hubiera ninguna salida de tono bochornosa de los actuantes. O, en todo caso, que los aplausos apagaran los desaires, que podían manifestarse con pitadas sonoras, que se barruntaban entre bastidores, debido al Nuevo Decreto Ley, que acababa de salir de las imprentas del Imperio en el Boletín Oficial.

El aire estaba enrarecido. Los jefecillos de cuadrillas estaban descontentos porque veían su capital financiero del año comprometido en el efímero transcurso de un día. Los aurigas, porque no sabían si todos sus esfuerzos, entrenamientos, diseños curriculares, y prácticas no se irían al traste por un pequeño traspies, o un error de cálculo en las distancias, o un descalabro en la mecánica, o un imprevisto en el desarrollo de la prueba. El malestar entre los caballos estaba rayando la histeria. Habían oído —aunque no lo sabían a ciencia cierta—, porque no sabían leer, que a partir de ese día entra-

ba en vigor una nueva legislación en torno al ritmo, condiciones, objetivos, pautas, etc. de la competición. Su desconcierto estaba justificado, pues radio macuto les había medio informado mediante bulos y rumores de que ¡ellos mismos!, ¡por fin!, podrían seleccionar las riendas, elegir las herraduras, los tipos de frenillo, llevarlo incluso o no, y, lo más importante de todo, eliminar el látigo —que aunque casi estaba en desuso había tomado formas sustitutorias molestas: suspensión de raciones de pienso y agua, amonestaciones cautelares, retención de la soldada, etc. En las relaciones con los otros tiros, las nuevas normas proponían algo maravilloso: no abalanzarse sobre los demás, no acorralarse en las curvas, *tolerar* los envites de los otros corredores con cortesía, *respetar* los estilos y formas de vida de los congéneres venidos de otros países con ocasión de las carreras.

El tamaño de los arneses, su forma, su disposición, la colocación del tiro, la longitud del eje, y el peso del carro, serían cuestiones a someter a debate en las distintas *comisiones* que se crearían al respecto, surgidas del debate asambleario y claustral entre todos los participantes de la comunidad de Espectáculos Recreativos. Se sospechaba que hasta el público podría inmiscuirse teniendo voz y voto en los diferentes temas. Lo cual se comprende

fácilmente: los que hacían apuestas, y en definitiva pagaban para mantener vivo el circo, tenían perfecto derecho a opinar sobre lo que les entretenía y enriquecía. Entre este público variopinto las pasiones que se desataban eran normales: todos tenían intereses que defender.

Ahora bien, en las cuadrillas, y allí abajo, en la arena, el ambiente empezaba acalderarse. El caballo que corría por la izquierda, pegado al muro, pensaba que esa posición no le permitía exhibir su esbeltez y sus cualidades para el trazo corto en las curvas, que era el más vistoso. Los que corrían por el centro expresaban su malestar, sintiéndose vejados y humillados, porque no eran apreciables sus hermosos lomos, enjaezados de cuero español. Y el que corría por el interior estaba celoso del de la izquierda porque era el más alejado del público, y no parecía que le alcanzaran los conjetos y guirnaldas que a los demás les cubrían cuando obtenían la victoria. Y todos, en algo estaban de acuerdo, tenían por insoportable la tiranía del auriga, que nunca escuchaba sus pareceres, ni reconocía sus valores, ni sopesaba sus cualidades. Este último, brioso e inquieto, harto de los alegatos reivindicó su frustración llamando la atención con una tremenda coz contra la puerta que sorprendió a propios y extraños, a resultas de la cual todo el mundo calló

y escuchó atónito: «Yo no corro si no me cambian de posición, si las riendas no son, a partir de hoy, más elásticas, el frenillo de palo de regaliz, y los látigos pasan definitivamente a la historia». Los caballos más sensatos pensaron que se había pasado, y más por la forma de iniciar su discurso, pero intuyeron un vía luminosa por la que caminar mientras alegremente se lo permitieran.

¡Era la hora de dejarlo claro de una vez para siempre! Muchas veces habían oído hablar a los aurigas y habían aprendido que lo que se haga el primer día sienta precedentes para el resto del año. De eso se trataba.

La reunión de todos los participantes no se hizo de esperar. Las nuevas normas eran claras. Los caballos tenían derecho a ser escuchados, a exponer sus reivindicaciones, a participar en las decisiones, a defender sus puntos de vista, a desarrollar su personalidad, en igualdad de oportunidades, sin discriminación ni de color, ni de género, o de raza, ni de nacimiento o economía, a ser informados de sus progresos, a practicar sus convicciones, tenían garantizada la información, el fomento de la capacidad crítica, y la elección de la formación religiosa o moral acorde con sus creencias, a participar en el funcionamiento de sus cuadras, a asociarse, federarse y recibir ayudas, libertad de expresión, manifestar su discrepancia respecto a las decisiones educativas que les afectarían, derecho de reunión y de utilización de las instalaciones educativas-recreativas. ¡34 derechos por sólo 6 deberes! La algarabía fue notable. Se tuvo que aplazar el inicio de las pruebas. Todo el mundo quería dar su versión del tema, cada cual creía que la suya era la más cualificada. Y según las normas, hasta no escuchar la voz de todo el mundo no podía to-

marse una resolución y comenzar el espectáculo (aunque para los cínicos, eternos observadores de siempre, éste ya estaba teniendo lugar fuera de la pista).

Los aurigas habían permanecido expectantes, pero pensaban que ya era hora de hacer valer su voto de privilegio —que hasta entonces ostentaban—. Consultaron los oráculos de la autoridad académica (siempre hablaban citando para dar más empaque a sus perogrulladas) y sus augurios vaticinaron pesimistamente, tras la rutinaria auscultación de las entrañas de algunos pollos: ese decreto les auspiciaba un futuro desnudo e inerme frente a los caballos que previsiblemente les vieran indómitos. Otros, que esperaban, de un día para otro, su jubilación, veían amargamente sus últimos años o meses en la competición. A los de siempre, cualquier novedad les preanunciaba el caos o el apocalipsis. Otros, como los de siempre también, pero de distinta tendencia, en toda novedad sólo veían aspectos positivos.

Pero el auriga, al que todos llamaban el «argonauta» o el «piloto filósofo», que sabía escuchar, y al que todos respetaban, seguía callado. Sabía que sólo tenía una oportunidad de hacer valer sus cienientas canas y, si decía algo, tendría que medir sus palabras con tiento. Iba a ser reemplazado por otros nuevos conductores, jóvenes, aguerridos, que veían con buenos ojos las innovaciones en métodos y técnicas de la metrópoli, que practicaban el último grito en didáctica, y en contra y post-doma. Y que contra ellos nada podía esgrimir. ¿De qué servía ahora conocer los viejos mitos de caballos alados, si nadie tenía tiempo de escucharlos, de qué los sabios cuentos de legendarios pilotos, de argonautas —su palabra preferida— de vetustos senderos

de gloria y odiseas, caminantes de caminos que sólo llevaban a Tebas, conocedor de las raídas rutas antiguas que siempre conducen a los hombres a las mismas ínsulas y páramos extraños y fangosos? Callaba porque sabía que los caballos, como los demás, nunca se pondrían de acuerdo, que aquel día en el circo no habría carreras. Que el día que las hubiera los carros darían bandazos, porque los experimentos que se habían hecho para poner en marcha el decreto dejaban entrever cierta ingobernabilidad del tiro, y daban miedo a algunos aurigas viejos, que algunos carros volcarían, que el espectáculo evolucionaría inevitablemente hacia la suspensión del tiro de cuatro. La armonía maravillosa de cuatro caballos tirando al unísono, dirigidos con un brazo tenso y rienda lánguida no volvería a contemplarse. Sería sustituido, sin duda, por el de un sólo caballo alocado, indomable, soberbio, abandonado a su suerte, que rendiría menor espectáculo que la mimética, esbelta, armoniosa, obediente, y a la vez briosa, cuadriga antigua.

Es cierto que el espíritu de las normas le parecía sublime, y que sobre el papel no parecían contener defecto alguno. ¿Pero tenían en cuenta que luego las carreras exigían toda una disciplina, unas exigencias a las que los caballos no estarían acostumbrados cuando llegase el momento definitivo? Hasta el mero hecho de que los correctivos aplicables en caso de incumplimiento de las normas fueran de carácter educativo, recuperador, respetuoso y meliorativo le sonaba a música celestial en sus oídos. Pero tantas veces se había enfrentado con díscolos caballos, que no aceptaban ni la visión de los arneses, y ya se ponían encabritados a relinchar y cocear, que no confiaba mucho en que el artículo 42 sirviera para encauzar

## DÍA A DÍA

las conductas antisociales. Porque «valorar las actitudes considerando la situación y las condiciones personales del alumno» hacía depender toda decisión de un sentimiento tan aleatorio como injusto en su aplicación a los cientos de casos con matices diferentes. Si no podían ser expulsados del circo más que simbólicamente, qué otra cosa podía suponer una corrección para un caballo que había sido criado para ello. Y si ya venían a disgusto y medio salvajes, o con problemas que les impedirían su mínimo rendimiento ¿qué podía hacerse para paliar tantos obstáculos con la suave garantía correctiva que proporcionaba la norma? Además el auriga, que es el que luego se las tiene que ver con ellos en la pista, no tenía ni la penúltima, ni la última palabra, sino el consejo de cuadras en el que el caos volvía a hacerse perenne, porque formaban parte desde los dueños de los caballos, los propios caballos, los aurigas, los jefes del estadio, de las cuadras, hasta el Ministerio para asuntos Hípicos. Evidentemente que había muchos aurigas severísimos, muy autoritarios, y que abusaban del látigo, e incluso tenían el suficiente poder para excluir a un caballo de la competición, pero, también era verdad que estaban ya en decadencia esos métodos, y que la mayoría de las veces él era la víctima y no el verdugo. Porque por su actitud era ridiculizado por los pasillos, o se le colgaban sambenitos, o mores vejantes, y en el circo sufría como un mártir, para lo cual su única fuerza, creía él, era recurrir a

los viejos métodos y enrollarse en un círculo vicioso de difícil solución (a pesar incluso de las nuevas normas). Además, en lo más íntimo de sus cuantas inconfesables, él pensaba que el problema era general, y transpasaba los límites del circo: falta de sentido, falta de motivación, falta de esperanza, crisis de autoridad.

Su temor no era, no obstante, este caos previsible, estéticamente también productivo, con el que él también había disfrutado en su juventud, esperando de él que brillara una ráfaga de luz, una chispa que iluminara un camino, sino que algún auriga loco, junto con algún caballo ebrio de razón descerebrada, sin freno, henchido de frustración y rabioso, asustado, escandalizado por el aparente caos y su aparente ruina, diera una coz a la mesa de negociaciones, pusiera las patas para arriba, e inaugurara un nuevo orden donde ya no brillara durante mucho sangriento tiempo el autárquico y plural bello desorden.

Lo último que dijo el último argonauta fue: «Siempre vuelve repetitiva y monótona la anciana mimesis conflictiva, el mismo antagonismo desde la noche de los tiempos. Escuchemos a los poetas de la polis, redimamos los ancestrales mitos condenados a no dejarse oír, antes de que los vientos de Itaca se lleven su llanto».

El críptico mensaje fue interpretado como reaccionario por la mayoría. Hubo algunos que justificaron al carca: «¿Qué se podía esperar de él?». Otros, más descendientes con las canas murmuraron entre dientes: «era un

visionario». Otros, los menos, recurrieron a un joven adagio que se estaba «imponiendo» de moda: «Los jóvenes nunca repiten los errores de sus mayores».

El coro fue subiendo el tono, y unánimemente se oía una exclamación: ¡Ostración! ¡Ostración!. Encaminó lenta y pesadamente sus pasos hacia la puerta sin querer mirar atrás para dar el último vistazo a lo que había sido su casa, su lecho, y por último su tumba.

El Estadio comenzaba a gobernarse a sí mismo. Hubiera o no llegado a la mayoría de edad había que suponerlo, compartirlo con dignidad, y seguir adelante como siempre: observando y callando. Tal vez fuera un pesimista y estuviera equivocado. Pero esta vez, algo dentro de sí, quizá la edad, le hacía presuponer (lo cual podía ser un prejuicio) que aquello partía de una «equinología» errónea, y conducía a una sociedad hípica que le traía amargos recuerdos, porque ya en su juventud se plantearon cosas parecidas. Entre sí se decía: caballos que no aprenden a reconocer autoridad, que no autoritarismo de bigotes de un cuarto, tal vez un día no distinguen la diferencia y se dejen conducir por cualquier caudillo que les augure la ausencia de desorden, la desaparición de los excesos de la libertad y del maravilloso insomnio de una autogestión mal entendida como autosugestión. En fin, cada generación tiene que aprender de sus errores, ese fue su consuelo hasta que se cerraron para siempre sus marchitos ojos. **A**